

Una princesa antigua

José Agustín Goytisolo

LA conoci como mujer de. Sabía que nació, vivió y estudió en Salamanca y que, instalada con su familia en Madrid en los primeros años cincuenta, formó parte de un grupo de cachorros de escritor llamados Jesús Fernández Santos, Ignacio Aldecoa, Alfonso Sastre y Rafael Sánchez Ferlosio. Con este último se casó poco después y fue por entonces cuando empecé a tratarla. El éxito de las dos primeras obras de su marido desvió la atención de alguna gente de los libros que Carmiña publicó por aquellos años: *El balneario* y *Entre visillos*.

Esas dos primeras obras, que vale mucho la pena releer por la riqueza y fluidez de su prosa y porque revelan un mundo entre real y fantástico, quizás no den idea al lector primerizo de hoy del

papel que jugaron en un país que vivió con la cartilla de racionamiento, el rosario y el piojo verde encima. Eran obras escritas por una mujer inconformista, rebelde, una joven que bordaba fino el ambiente de ahogo provinciano, meapilas, chismoso, escurrantista, represor y reprimido de aquellos y anteriores años, y que al narrarlo, sin cargar las tintas como hicieron muchos novelistas burdamente «realistas» de la época, se enfrentaba sutilmente y con ironía a dicho ambiente.

Al tratar más y más a Rafael, fui conociendo a Carmiña, pero a pocos. Conocí también a la hija de ambos, a Marta, la Torci (¡dioses! sólo escribir su nombre ya me duele!), al padre de Carmiña, el notario de Madrid don José Martín; a la madre y a la hermana, Ana María; eran la mejor muestra de eso que dicen ser una clásica familia castellana: educados, simpáticos, acogedores y austeros.

Carmiña, Rafael y la Torci pasaron el verano del 56 con Ton, mi mujer, con mi hija Julia y conmigo, verano repartido entre Reus, Cambriàs y Torrentbó. Carmiña se pasó todo el tiempo escribiendo, ¡cómo madrugaba!, y enseñándonos canciones e inventando otras.

Intimó mucho con Ton, y recuerdo que ambas charlaban sobre la educación de las niñas, que andaban todo el rato juntas a lo que les petaba. Sobre las niñas, el criterio de sus madres y el de Rafael y el mío andaban encontrados, dada nuestra tendencia paternal, un complejo de Electra al revés, de sublimar a las

hijas reconociéndoles todas —no sé cuales— nuestras virtudes, a fin de realizar nuestro frustrado complejo materno y evitar, de pasada, el contagio con el que creíamos fementido entorno de sus astutas, ya que no inteligentes, madres. ¡Ay, dios, qué pronto cambió de opinión o qué pronto me hicieron cambiar la razón y los nuevos tiempos!

VIAJES. — En años sucesivos volví a ver a Carmen Martín Gaite, aún casada, en muchas ocasiones, y puedo asegurar que fue entonces cuando la comencé a tener como amiga, tanto como ya la apreciaba como escritora. Pero pese a tal acercamiento, creo que su cariño y paciencia para con Rafael —mientras duraron— se ponían a más dura prueba cuando aparecía yo por su casa, enloquecidos como estábamos el consorte y un servidor por la caza y por otras cuestiones metafísicas y lingüísticas. Entre sesiones interminables de dale que te pego y estrambóticas salidas nocturnas —que ella fue abandonando a la callada, sin reproche alguno— para discutir cuestiones cinegéticas o escucharle hilvanar pensamientos sobre gramática estructural en algún bar, que terminaban a veces con «meadas rebeldes» e indecorosas en el paseo del Prado u otras cretineces de este tipo, consumía yo muchos días de mis visitas a Madrid. Vuelvo a vivir ahora el viaje en un tren fantasmal y desvencijado, incluso para aquella época, a Manzanares, en la provincia de Ciudad Real, Carmiña y su hija envueltas en abrigos y mantas y Rafael y yo pertrechados con chalecos y zamarras, para ir a cazar a campo abierto. Fue un viaje en tercera y sobre madera que duró, tanto a la ida como al regreso a Madrid, más de veinte horas, y todo por darle al gallo un solo día. Me parece ahora una crueldad que madre e hija tuviesen que apechugar con tal tortura y además aguardarnos todo el santo día en el campo, refugiadas en una casilla abandonada. Pero Carmiña, pese a la enloquecida aventura, se lo tomó con humor e ironía, y así fue que, antes de regresar a Madrid y por tener que aguardar unas horas la llegada del funesto tren, se le ocurrió invitarnos a la sesión de un circo cuya carpa estaba plantada cerca de la estación: era el circo más esplendorosamente astroso que viose jamás, a base de cabras, perros desesperados, un enorme gato que sólo sabía afirmar o negar con la cola las preguntas que le hacía su *domadora*, preguntas que el animalito se sabía de memoria, dos payasos incompetentes, varias gallinas cuyas gracias no recuerdo y un oso medio calvo. Ahora, Carmiña, agradezco tu cariño y tu alegría, cuando creo que yo tenía todos los números para que me enviaras a la puñeta.

Vuelvo otra vez a la obra de Carmen Martín Gaite, ahora ya sin sus circunstancias, que fueron y han sido duras, muy duras, y que ella agradecerá que yo no tenga ganas, ni ahora ni nunca, de volver sobre ellas. Carmiña siguió trabajando y editando, por fortuna para sus lectores y por su propia necesidad y gusto: publicó una colección

de relatos, *Las ataduras*, su segunda novela, *Ritmo lento*, siguió la tercera, *Retahilas*, y más tarde, *Fragmentos de interior* y *El cuarto de atrás*. Son obras todas ellas en las que aún perfecciona su *tempo* narrativo y su arte de mezclar realidad y fantasía irónica, a la manera de Goya, póngase por caso, y muestra un singular y fascinante modo en el empleo del monólogo interior. Continúa exponiendo los planos y los perfiles de un mundo en el que la situación y los problemas de las personas a él pertenecientes era desesperanzante y angustiante, especialmente en el caso de las mujeres: un espejo fiel y deformante al mismo tiempo, al que dolía asomarse. Redes, piezas de ganchillo, hilachas, retahilas, ataduras: cosas que romper y que rompía ante la mala conciencia de algunos de sus lectores masculinos, los no recalcitrantes, y ante el asombro y la alegría de muchas de sus lectoras.

ENSAYISMOS. — Pero hay otra Carmen Martín Gaite, la de los ensayos, la de las horas de búsqueda en bibliotecas y archivos. Más tenaz que la carcoma de las estanterías y de los pliegos hacinados, trabajó luego con los datos de la muchísima documentación que halló: el primer resultado fue su extraordinario libro *El proceso de Macanaz*, en el que revive el personaje en su fulgor, en sus contradicciones y en sus desdichas. Es el retrato emotivo y cambiante de un terco y valeroso hombre frente a la Inquisición y frente a la miseria material y moral que le envolvió. Y todo narrado como un mal sueño y como entre la niebla.

Posteriormente, Carmen Martín Gaite sacó otro libro que fue otra sorpresa para los que aún no se habían enterado de su feroz manera de documentarse y de su muy feliz modo de proyectar retrospectivas: *Usos amorosos del dieciocho en España*, un bello ensayo que presenta unas costumbres y unos modos de una erótica social apenas conocidos por el historiador común y por el lector corriente: el estrado, el galanteo, el código de señas y ademanes, los recados, las tercerías; en fin, todo el abanico de unos ritos amorosos que, si se dieran hoy, parecerían ridículos, pero que enmarcados en su tiempo son divertidos, tristes y fascinantes, lo que lleva a pensar que también parecerán ridículos nuestros usos amorosos de aquí a unos años, cosa que Carmiña pensó mucho antes que sus lectores, puesto que, saltando largamente de época, preparó su siguiente libro.

Tal libro es *Usos amorosos de la postguerra española*, otro tremendo retablo en el que lo duramente real y lo fantasmagórico de la relación hombre-mujer de aquellos infaustos años se confunden, práctica habitual en la autora, como ya vengo repitiendo, y cuya lectura apena, deprime, avergüenza, pero también divide: una buena terapia, y la autora la sabe, es reírnos de cómo fuimos y cómo vivimos en tiempos de ignominia, hipocresía y represión, una represión que todo lo ensuciaba, todo, todo.

Carmiña, eres una excelente escritora, una gran persona y una muy queridísima amiga. Me alegró enormemente tu Príncipe de Asturias: chica, nunca te lo dije, pero tú has tenido siempre el aire de una princesa antigua.

Bibliografía: Novela. *Entre visillos* (1958). *Ritmo lento* (1963). *Retahilas* (1974). *Fragmentos de interior* (1976). *El cuarto de atrás* (1978). *El cuento de nunca acabar* (1983). Relatos: *El balneario y otros cuentos* (1955). *Las ataduras* (1960). *Cuentos completos* (1978). Poesía: *A rachas* (1976). Ensayo: *La búsqueda del interlocutor y otras búsquedas* (1973). *Usos amorosos en la España del XVIII* (1972). *Macanaz, otro paciente de la Inquisición* (1975). *Conde Guadalhorce, su época y su labor* (1977). *Desde mi ventana* (1984). *Usos amorosos de la postguerra española* (1987). Teatro: *Equilibrio inestable* (1960). *A palo seco* (1987).

En los
años
mozos

